

La Predicación de Jesucristo

Un sermón sobre Mateo 4:17 predicado por el Rev. H. Hofman Sr.

Lectura Bíblica: Mateo 4
Salterio 39:2, 5, 6, 7, 8
Salterio 109
Salterio 255:3, 4
Salterio 325:1, 2

Congregación,

Pedimos su atención para la Palabra de Dios que se encuentra en el Evangelio de Mateo, capítulo 4:17, donde leemos: *“Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”* Esta porción de la Escritura enfoca nuestra atención particularmente en la predicación de Jesucristo. Con la ayuda del Señor, consideraremos tres pensamientos principales:

- 1. El lugar en donde Jesús predicó.**
- 2. La necesidad de la predicación de Jesús.**
- 3. El contenido de la predicación de Jesús.**

1. El lugar en donde Jesús predicó.

Congregación, el ministerio público de Jesús en el estado de Su humillación duró por un periodo de más de tres años. Cuatro veces durante estos tres años, Jesús celebró la Pascua, como podemos leer en el Evangelio según Juan. Cuando nuestro texto declara: “Desde entonces”, se refiere al inicio del año 27, antes de la primera Pascua, el cual coincide con nuestro mes de abril.

“Desde entonces” también se refiere a después de la tentación de Cristo en el desierto por el diablo. El diablo sabe mucho, y él intentó todo lo que puede para hacer caer al segundo Adán, Jesucristo, el Hijo de Dios. Intentó con todas sus fuerzas bloquear el camino del Salvador. Él es el gran adversario, y de manera hábil empleará cada esfuerzo para detener la predicación también en nuestros días. Que siempre sea nuestra oración: “Líbranos del mal.” También hoy, mientras estamos en la casa de Dios, el diablo intentará prevenir que escuchemos la Palabra de Dios.

“Desde entonces.” Esto también apunta al final de la predicación de Juan el Bautista, quien había señalado con todo su corazón al Señor Jesucristo como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Él ha predicado la necesidad de la conversión para todos los que han venido a él en el río Jordán. Él había experimentado profundamente en su propio corazón: “Yo no soy nada y

Cristo es todo”. Desde las profundidades de su corazón ha clamado: *“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe.”* (Juan 3:30). *“Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado.”* (Marcos 1:7). Él ha señalado a las personas sus pecados y la necesidad de la conversión, pero también ha señalado el remedio, la sangre preciosa y purificadora del Señor Jesucristo.

Juan el Bautista había experimentado que donde Jesucristo es predicado, la enemistad diabólica también se manifiesta. Juan fue echado en la cárcel y su boca había sido cerrada, no porque haya hecho algo malo, sino por las palabras que había dicho. No ha sido una época fácil para él, ya que ha experimentado la oscuridad. Envío a dos de sus discípulos a preguntarle a Jesús: *“¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?”* (Mateo 11:3). Él no sabía qué pensar de todo lo que había acontecido.

Congregación, tal vez también has llegado a un callejón sin salida en tu vida. ¿Vive la pregunta en tu corazón: “¿Es este el camino de la salvación?” Quizás Dios te ha permitido ver de la hermosura del Señor Jesucristo, de modo que tu corazón se ha ido tras Él a causa de Su Palabra. Tal vez has cantado alabanzas al Cordero de Dios, Quien ha quitado los pecados del mundo. Pero ahora, por decirlo así, te sientas en la “cárcel”, sin entender nada de lo que has experimentado. Las dudas y las incertidumbres llenan tu corazón. ¿Me engañé a mí mismo? ¿Fue realmente del Señor, o fue todo creación de mi propia imaginación? Tienes muchas preguntas y no hay respuestas. Eso lo hace todo muy difícil y no encuentras alivio. Es tu oración más ferviente que encuentres una solución a las luchas de tu alma.

La fe, la que el Señor ha obrado en el corazón de uno, siempre será probada. Debemos aprender a vivir por fe, y que la seguridad de la salvación no depende de las circunstancias externas de nuestras vidas. La obra de Dios es resistida, pero el Señor nunca desampará la obra de Sus propias manos. Él es fiel y verdadero, y dará luz en un camino oscuro. La boca de Juan el Bautista ha sido cerrada, ¡pero la obra de Dios continúa!

Nuestro texto nos dice: *“Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”* Leemos en el versículo 12: *“Cuando Jesús oyó que Juan estaba preso, volvió a Galilea.”* Y fue desde ese momento que Jesús empezó a predicar. Hagamos una pausa por un momento y pensemos en esto: Jesús predicó. Durante el primer periodo de su ministerio público, Jesús especialmente se enfocó en la predicación; fue la primera cosa que empezó a hacer, ya que el traer a pecadores a la Luz por medio de la predicación es la más grande y primera necesidad. El apóstol Pablo dice en Romanos 10 versículo 14: *“¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?”* Y así es como Jesús empezó Su ministerio público..., predicando. ¡Jesús, el

Hijo de Dios, la Luz de Luz, el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, la Sabiduría Suprema, el Maestro de la justicia, predica!

También hoy, a través de Sus siervos, Su Palabra llega a cada uno de nosotros, tanto jóvenes como adultos. ¿Alguna vez has pensado en esto, congregación? Jesús predica. En el tiempo del Señor Jesús, muchas personas venían a oír Su predicación. Leemos en el versículo 25: *“Y le siguió mucha gente.”* Muchos se sintieron atraídos a Sus palabras. Jesús habló tan honestamente, y muy diferente a lo que estaban acostumbrados a oír de los rabís en el templo.

¿Dónde predicó Jesús? En los versículos 13 al 16, leemos que predicó en los límites de Zabulón y de Neftalí. Isaías lo llamó “la Galilea de los gentiles.” O podríamos decir, la tierra de pecadores. Era un lugar en donde la influencia de las naciones paganas era muy grande, una tierra lejos de Jerusalén. Muchas personas vivían allí, personas que vivían en oscuridad y en la sombra de la muerte, lejos del servicio a Dios. Sin embargo, las promesas de Dios alcanzaban a estas personas. Versículo 16 nos dice: *“El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; Y a los asentados en región de sombra de muerte, Luz les resplandeció.”* Moisés había profetizado en Deuteronomio 33:23: *“Neftalí, saciado de favores, Y lleno de la bendición de Jehová, Posee el occidente y el sur.”*

Piensen en eso por un momento, congregación, que Jesús empezó a predicar en esta tierra de oscuridad, donde la muerte reinó y donde el poder de Satanás era muy grande. Aquí es donde el Hijo de Dios abrió Su boca para traer el mensaje del cielo, desde el corazón amoroso de Su Padre. Pues Él fue enviado por el Padre con un mensaje para Galilea, la tierra de pecadores. Era un mensaje para personas pecadoras. Allí fue donde Jesús empezó a predicar.

“Jesús”. ¿Saben el significado de Su nombre, no? El ángel le ha dicho a José: *“Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.”* (Mateo 1:21). El significado de Su Nombre es “Salvador”. Salvar quiere decir liberar de la más grande maldad hacia la más alta bondad. Eso es, por el otro lado, muy simple; pero aun así, por el otro lado, ¡muy insondablemente profundo! Fue la voluntad de Dios que de esa manera la Escritura fuera cumplida. Detrás de la predicación de Jesús vemos el eterno beneplácito de Dios. Es la voluntad soberana de Dios que pecadores sean reconciliados con Él, que pecadores sean llevados fuera del poder de Satanás, que nazcan de nuevo a través del Espíritu Santo, y que oigan la voz del Hijo de Dios y vivan.

Quizás dices a ti mismo: “Sí, yo sé esto, porque ya lo he oído muchas veces. Pero me siento tan indigno. Estoy fuera de ello. No puedo y no me atrevo a pensar que esto podría también ser para mí. Creo que esto es para el pueblo de Dios, pero no soy uno de ellos.” ¿Es esta la preocupación de tu corazón, congregación, niños y niñas? Escuchen por un momento. Jesús no fue primero a Jerusalén, a los fariseos y escribas. Ellos sabían cómo podían obtener la vida eterna. Había muchos ricos

jóvenes quienes sabían el camino para encontrar el reino de Dios. Ellos se consideraban como el pueblo obediente a la Ley de Dios, y estaban convencidos de que no había nada que les faltaba. Pero, congregación, el Señor Jesús no podía hacer ninguna obra por estas personas. Ellos eran capaces de ayudarse a ellos mismos, o al menos así pensaban.

Es posible que alguno de entre nosotros piense que es el mayor de los pecadores y que ha llegado a un fin con sus propias obras. Experimentaste que a pesar de todas tus buenas obras, todavía estás muy lejos del Señor. Estás sentado aquí con un corazón lleno de preguntas y no tienes respuestas. Tus preguntas más serias son: ¿Cómo puedo reconciliarme con Dios? ¿Quién pagará por mi culpa? Confiesas que tu culpa es una carga pesada, ya que sabes que has transgredido todos los mandamientos de Dios desde tu juventud. El pensamiento de la ira de Dios y de la oscuridad eterna hace que tiembles de miedo. La muerte te persigue, y sabes que no hay manera de escapar.

Congregación, aquí, en un lugar así, es donde Jesús empieza a predicar. Él sabe que la necesidad es más grande donde el pecador se encuentra viviendo en la tierra de los pecadores, el lugar donde los pensamientos eternos de Dios de paz se proclaman de primero. No, en Galilea no se extendieron las manos para el Evangelio. No había corazones ansiosos. La gente vivía en oscuridad y en la sombra de la muerte. Donde está la sombra de la muerte, allí está la misma muerte. Aquí en esta tierra, las palabras de Isaías 65:1 son cumplidas: *“Fui buscado por los que no preguntaban por mí.”*

Congregación, qué aparición tan misericordiosa y maravillosa cuando Jesús viene a la tierra de los gentiles, a un pueblo que se había extraviado muy lejos de los caminos del Señor. Aquí vemos la abundancia de la gracia de Dios, donde se lleva el Evangelio como un gozoso mensaje para un pueblo que se encuentra en medio de la muerte, para un pueblo que se mantiene en cautiverio en el fango cruel de la muerte, atado a sus propias iniquidades, incapaces de romper estas cadenas ellos mismos. Aquí es exactamente donde Jesús comenzó a predicar.

¿No es eso maravilloso, congregación? Mediten sobre esto, presten mucha atención a esto, pongan esta palabra en el corazón, y piensen en estas palabras. Espero que el corazón de cada uno pueda oír este mensaje de manera que sea capaces de decir: *“Oh Dios, también puede ser para mí.”* Espero que la luz penetre por tu alma herida mientras sigues los pasos de Jesús a través de Galilea.

La boca de Juan el Bautista había sido cerrada, pero la obra de Jesús continúa. Jesús no vino a estas personas porque fueran dignas, sino porque tenían mucha necesidad, según la buena voluntad de Dios. Vamos a considerar eso en nuestro segundo pensamiento.

2. La Necesidad de la predicación de Jesús.

¿Que vino a hacer Jesús? Vino a salvar a los pecadores. Leemos en Marcos 1, versículos 14 y 15: *“Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de*

Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.” Jesús vino a predicar el mensaje de gozo. Predicar no es sólo contar una historia o describir algo; más bien, predicar es proclamar. Predicar significa declarar, amonestar, invitar, advertir, y traer el mensaje a la puerta del corazón de las personas.

Puedes escuchar una bonita historia, posiblemente una muy buena, pero después de un rato olvidas todo sobre la historia. Pero ese no es el caso con la predicación. Predicar no es algo que oigas y que luego decidas que sí o no lo recordarás. Predicar significa publicar el Evangelio. Jesús dice: “Aquí estoy, enviado por mi Padre. Tengo un mensaje de gozo de mi Padre. Aquí está la luz en tu oscuridad. Aquí está el perdón de tu culpa. Aquí está la liberación de tu cautiverio. En Lucas 4, versículos 18 y 19, leemos: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; A pregonar libertad a los cautivos, Y vista a los ciegos; A poner en libertad a los oprimidos; A predicar el año agradable del Señor.”*

Congregación, mis palabras son inadecuadas, pues sólo puedo balbucear sobre la profundidad, la anchura, y la altura de la buena voluntad de Dios para predicar el Evangelio allí en la tierra de los gentiles. Y este mensaje todavía resuena hoy cuando Cristo continúa Su obra al proclamar el Evangelio en la casa de Dios. Hoy todavía es el año agradable del Señor, el día de salvación.

La posibilidad de ser salvo se declara para ti hoy, hecho posible sólo a través de Jesucristo. No es nada que tú hagas en absoluto. Esta era una doctrina muy difícil con el cual los maestros de la ley judía cargaban y oprimían a los judíos. Tenían exigencias rígidas de lo que las personas se les permitían hacer y lo que no se les permitían hacer, pero el pueblo nunca podía satisfacer sus exigencias.

Congregación, ¿sabes algo de esto en tu propia vida? ¿Conoces esas exigencias impuestas sobre nosotros que vienen desde afuera, o que se originan de dentro de nosotros, de manera que nos volvemos tan ocupados tratando de hacernos aceptables ante la vista del Señor? Sí, y quizás aún decimos: “Señor, ten paciencia conmigo y Te lo pagaré todo.” Y de esa manera te has desgastado tú mismo trabajando, afanándote y esclavizándote toda tu vida.

Ahora bien, si eres honesto contigo mismo, ¿puedes decir que alguna vez será suficiente? ¿Eso te traerá paz? Entonces dirás que tu intranquilidad y aprehensión sólo se convirtieron en una carga más pesada. Todas tus lágrimas y oraciones no serán suficientes. Nunca fue lo suficientemente profundo o doloroso. Es un servicio muy duro y prolongado en la “casa de las obras.” Debes salir de la “casa de tus propias obras”, pues Jesús nunca va allí. Nunca encontrarás descanso o paz allí. ¿Sabes cuál es el fruto de estar en la “casa de las obras”? Este; que creas que estás mejorando tú

mismo y convirtiéndote en más digno. No obstante, la insuficiencia de tus propias obras se aprende en la tierra de los pecadores, como fue llamada Galilea. ¿Alguna vez has encontrado Galilea, la tierra de pecadores, en tu propio corazón?

A través de la luz reveladora del Espíritu Santo, aprendemos de nuestra pobreza y ponemos un final con nuestras propias obras. Llegamos a la conclusión de que con todo nuestro propio esfuerzo y trabajo, no hemos logrado nada; más bien, nos hemos alejado aún más del Señor. Y se vuelve una imposibilidad total de nuestra parte, ya que nos convertimos en pecadores ante Dios, culpables de transgredir todos Sus mandamientos. Y nos convertimos en necesitados, miserables, impotentes, e indignos delante de Dios. Entonces somos despojados de toda nuestra justicia propia. No queda nada sino un pecador repugnante, digno de ser desechado por siempre.

Congregación, ¿no es una maravilla entonces que de esta manera exactamente es como Jesús se revela como el único Salvador? Aquí es donde se hace lugar para ese bendecido Mediador. Él es buscado por aquellos que no preguntaban por Él; es encontrado por los que no Lo buscaban. Por una nación que no invocaba Su nombre, Él ha dicho: “¡Heme aquí, heme aquí!

¿No es verdad que a menudo tenemos pensamientos que subestiman la voluntad y la misericordia de Jesucristo? Muchas veces pensamos que Él no está dispuesto a tratar con pecadores como nosotros. Amigos, no crean esta mentira de Satanás. El Señor Jesús es enviado a dar libertad a los prisioneros, a liberar a aquellos que son cautivos. Esa es Su obra. Oh, cuanto deseo que cada uno de ustedes viera algo de las riquezas de Su misericordia y fidelidad, y de la voluntad y toda suficiencia de Jesucristo. Él es poderoso y capaz de romper aún un corazón como el tuyo.

Quizás tu corazón esté lleno de enemistad hacia el Señor, porque en Su providencia Él te ha llevado por caminos profundos y difíciles. Tal vez no puedes aceptar la manera en cómo el Señor trata contigo, y tu corazón está lleno de dudas y de incredulidad. Vean luego Su venida a Galilea y oigan Su mensaje: “*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.*” (Mateo 11:28). Nadie es tan malvado, tan pecaminoso, tan impío, o se ha desviado demasiado lejos, o tan viejo, o tan joven. Hay misericordia para el mayor de los pecadores. Eres bienvenido a venir a Él con todas tus preocupaciones, imposibilidades y luchas. Que Su gracia sea suficiente para ti, y que Su fuerza rompa el poder del pecado sobre ti. Es Su obra el salvar a pecadores.

Tal vez piensas que es muy tarde para ti, porque tu corazón se ha vuelto muy duro. Quizás piensas que ya no es posible para ti, porque has divagado demasiado en los caminos del pecado y de tu propia justicia. Ya estás a punto de rendirte. Oh, congregación, ¡les exhorto a escuchar la predicación de Jesús! Pero antes de seguir, cantemos primeramente del **Salterio 255: 3 y 4**.

3. El Contenido de la Predicación de Jesús

¿Qué predicó El Señor Jesús? *“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”* Este fue el mismo mensaje que había sido traído por Juan el Bautista. Su predicación reveló (y revela) la pecaminosidad de las personas. Su predicación es penetrante, amorosa y acogedora, una predicación en que la piedad y la misericordia del Señor son reveladas. El Señor pudo también entregarnos a nosotros mismos. De manera justa pudo haber entregarnos a la dureza de nuestros corazones. Pero el Señor no tiene placer en la muerte del impío, sino que se arrepienta y viva.

El corazón de Cristo tuvo compasión por la gran multitud de personas que Lo siguieron. Él los vio viajando en el camino hacia la eterna destrucción. Ellos se habían dado la vuelta y se habían alejado de Él, y seguían el mundo y el pecado. Eran cautivos por las cadenas de Satanás, incapaces de liberarse ellos mismos. Es más, ni siquiera eran conscientes del peligro en el que vivían. Él los vio viajando en el camino de la auto justicia, o en el camino de la injusticia. Y Él les predicó (y a nosotros), diciendo: “¡Oh, pueblo, no sigan más adelante en este camino, arrepíentanse!” Literalmente, esto quiere decir darse la vuelta; permanecer quieto y darse cuenta de que el camino en que andas te llevará a la destrucción eterna. Si continúas por este camino, tu porción será la oscuridad eterna. Estás atrapado en las cadenas de Satanás. No le creas, él te ha engañado. Arrepíentete y ven a Mí y sé salvo”.

“El reino de los cielos se ha acercado. Yo soy la puerta de ese reino y tengo la llave. Y aquellos que vengan a Mí, no los echaré fuera. Oh, no des un paso más en el camino ancho que lleva a la destrucción eterna. ¡Detente, vuelve, vuelve! Medita en Mis palabras y ve las cosas claramente. Compara lo que el mundo y Satanás tienen para ofrecerte con lo que Yo te ofrezco. Todos los tesoros de la gracia y la vida están en Mí, y estoy dispuesto a dártelos todos gratuitamente, sin dinero y sin precio”.

¿No eres sabio? Yo soy la Sabiduría. ¿No sabes cómo convertirte? Yo te instruiré en el camino en que debes andar. ¿Estás afligido con la carga del pecado y la culpa? ¿No tienes ni un centavo para cancelar la montaña de tu culpa? Yo lo pagaré todo por ti. ¿No tienes nada con que puedas limpiar la suciedad de tus pecados? Yo te limpiaré con Mí sangre. ¿No tienes vestido con que cubrir la vergüenza de tu desnudez? Yo tengo un manto que cubrirá tu vergüenza. ¿Eres débil y necesitado? Yo te daré fuerzas y te sostendré en el camino que está delante de ti. ¿Estás sufriendo a causa de tu falta de comunión con Dios? Esta comunión rota con Dios sólo puede ser restaurada a través de Mí ¿Te lamentas por la mucha oscuridad y poca luz que tienes? Yo soy la Luz verdadera. Yo soy la Luz del mundo”. Así nos exhorta el Señor Jesucristo.

Oh, congregación, el mismo mensaje viene a nosotros que predicó Cristo a Galilea: “¡Arrepiéntete! El reino de los cielos se ha acercado a través de la predicación de este grandioso mensaje. El reino no es de este mundo, y tú estás fuera de él”. Pero el Señor Jesús dice: “Volveos a Mí”. No encontrarás satisfacción en este mundo ni en ti mismo. Si tu corazón todavía está atraído a este mundo y a todo lo que hay en él, entonces detente por un momento y piensa sobre lo que ganarías si lo abandonas todo”.

Posiblemente tu pregunta sea: “¿Podemos hacer eso en nuestras propias fuerzas? ¿Acaso no es la conversión sólo una obra de Dios?” ¡Absolutamente, y gracias a Dios por eso! Si dependiera de nosotros, nunca sucedería. Pero el Señor no dice que sucede sin Él. Él es el Único que puede hacerlo. Él es Todopoderoso, y Él está dispuesto, es compasivo y hace el bien. ¡Cuán necesario es que aprendamos esto a través del Espíritu Santo!

Congregación, niños y niñas, el ir al Señor Jesús significa que debemos perder nuestra propia corona: ¡nuestro orgullo y honor! Y la razón por la que se hace tan difícil es porque pensamos que podemos reclamar el reino a través de nuestras buenas obras. Pero mientras pensemos eso, la puerta está y permanecerá cerrada. Todos sabemos la historia de cómo en el Paraíso, en el estado de rectitud, fuimos capaces de servir al Señor. Estábamos, por decirlo de alguna manera, en el reino de los cielos. El llamado de arrepentimiento no era necesario allí. Pero por la desobediencia voluntaria nos hemos olvidado del Señor. Esta caída continúa viviendo en nuestras propias vidas. *“Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas.”* (Salmo 2:3). Por nuestra naturaleza, no queremos que haya Dios, o que haya un Señor, y pensamos que no somos siervos de nadie. Queremos ser nuestros propios dioses y hacer lo que queramos. Así es como somos y debido a esto, tenemos mucha dificultad en aceptar la predicación de Jesús que nos dice: “¡Arrepiéntanse!” Buscamos todo tipo de excusas, y de hecho, acusamos a Dios.

Pero, congregación, el camino a ese reino nuestro es un camino de muerte. Debo perder mi propio honor. Todo lo que he obtenido por mis propias fuerzas debo abandonarlo. Entonces ese orgulloso y altivo amorreo debe ser echado de su alto pedestal. Es el uno o el otro: mi reino o el reino de Jesús. Debemos volvernos pecadores ante Dios. ¿Ya has bajado tus armas ante ese Rey? ¿Te has arrodillado en el polvo delante de Él, rogándole que rompa en pedazos esas bandas fuertes que te sostienen? ¿Le has rogado que te lleve por Su poder?

Aquellos pobres, quebrados, culpables e indignos prisioneros han llegado a conocer su propio pecado, pero el deseo por este Rey los hará orar por Su misericordia. Se vuelven mendigos ante Su trono de la gracia, implorando que les ayude. Su condición perdida es revelada a través del Espíritu Santo, y en su necesidad son llevados a Él, Quien ha sido herido por nuestras transgresiones y se ha

vuelto la propiciación de todas nuestras iniquidades. Son pecadores descubiertos, teniendo nada que pueda ayudarles y sintiéndose indignos de ser ayudados. Todo está en contra de ellos y no ven ninguna salida.

¿No es una maravilla que para estas personas la puerta de la esperanza está abierta? Es para alguien que confiesa: “¿Las olas de mis iniquidades han pasado por encima de mi cabeza”? Sí, es posible para los hijos e hijas pródigos. El hijo pródigo no tenía nada que ofrecer sino una vida desperdiciada. “*Ya no soy digno de ser llamado tu hijo.*” (Lucas 15:19). Y levantándose, vino a su padre. “*Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre.*” (Lucas 15:20). ¡Y la puerta fue abierta para él!

¿No es una maravilla, congregación, que para tal persona el reino esté abierto? ¿No es una maravilla que en la oscuridad de nuestra condición perdida, la luz empiece a brillar en nuestros corazones? ¿No es una maravilla cuando nuestros ojos son abiertos, y que por la fe somos capacitados para verlo a Él como el Conquistador, poderoso para salvar, quien ha conquistado a Satanás y ha derrotado su dominio?

*“Diste a los hombres,
Aun a los rebeldes;
Ruegan que Tú, Jehová,
Con ellos habites. (Salterio 183)*

Cristo ha plantado Su bandera en el corazón del hombre de manera de reunir a aquellos sin esperanza debajo de Su bandera. Ellos suplican e imploran ante Su trono. Luego tienen consciencia de su pecado e injusticia, y ruegan por misericordia y perdón. A Sus pies ellos recibirán gracia por gracia. Aquellos que realmente vienen a Él nos serán rechazados. Él satisfará todas sus necesidades. “*El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas.*” (Isaías 40:29). Él viste al pobre pecador desnudo con el manto de Su justicia. Él es “*blanco y rubio, señalado entre diez mil*” (Cant. 5:10). Sí, hay salvación en la comunión con el Señor Jesucristo, y sólo en Él.

¿No crees que el corazón de Juan el Bautista se regocijó cuando vio a Jesús y lo señaló como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo? Él había experimentado esto personalmente, así que, ¿no crees que fue una delicia hablar con Él? Oh, la lucha seguramente vendrá. Mientras más conozcamos a Cristo, Satanás tratará de destruir esa obra. Sin embargo, el tener un vistazo del rostro del Rey trae paz y felicidad a su corazón. Luego hay momentos en que claman desde el fondo de sus corazones: “Señor, ahora nunca dudaré de nuevo.” Luego creen que irán de poder en poder (Sal. 84:7). Pero si el Señor esconde Su rostro, se llenan de temor. Deben aprender a morir a

ellos mismos cada día y vivir por fe sólo en Él, y esta enseñanza se lleva a cabo experimentado momentos de ansiedad y angustias. Pero una vez en el reino nunca serán echados fuera. Es la obra del Señor, y nadie puede arrebatarnos de Su mano. Esto yace de manera firme en la obediencia del Mediador bendito.

Por lo tanto, esa esperanza nunca perecerá, aunque pueda tornarse débil a causa de las tentaciones y luchas, que a veces pueden ser tan fuertes como para clamar con el Salmista:

“De mí no escondas Tu rostro;

Mi ayuda eres Tú, Señor;

Que no apartes a Tu siervo,

Que no sea desamparado”. (Salterio 73)

Pero cuando el Señor se presenta para responder, Él reprende al viento y las olas, y las aguas turbulentas se calman nuevamente. Y, congregación, el Señor continúa con Su obra. Hoy oímos al mismo Jesús, la misma Palabra, predicada a la misma nación de pecadores, con el mismo mensaje.

Congregación, niños y niñas, hemos llegado al final de este sermón. Estamos viajando en la dirección incorrecta si continuamos en el camino en el cual nacimos. Este es un mensaje para adultos y jóvenes, también para nuestros hijos. Lo has oído tantas veces ya, y hoy lo oyes de nuevo: “Arrepiéntete.” Debes darte la vuelta.

Y ahora puedes estar pensado: “Pero no puedo convertirme yo mismo; el Señor necesita hacer eso.” Y eso es verdad. Sin embargo, ¿estaría equivocado el Señor, entonces, cuando te dice: “Arrepiéntete?” Escuchen esta Palabra. Doblen sus rodillas y confiesen al Señor: “No soy capaz de romper el poder del pecado. Oh Señor, vendrás en mi ayuda, y conviérteme. Oh Señor, líbrame de la esclavitud donde Satanás me tiene. Señor, rompe el poder de mis propias justicia, y hazme un pecador delante de ti de manera que pueda ver quién soy y qué soy. Abre mis ojos ciegos para que pueda ver la gloria de Tu reino.”

Oh congregación, que la necesidad de la conversión te inste a orar, y que esta noche no puedas dormir antes de haber oído Su voz diciendo: “El reino de Dios se ha acercado. Aquí estoy con Mi misericordia.” Debes experimentar esto no solamente una vez, sino una y otra vez, ya que en la vida de los hijos de Dios es muy necesaria una conversión diaria. El apóstol Pablo dice: “Cada día muero.” (1 Corintios 15:31). Esto quiere decir que Pablo también tenía la necesidad de una conversión diaria. Cada día nos desviamos lejos del Señor, cavando para nosotros cisternas rotas que no retienen agua (Jer. 2:13). Y cada vez debemos retornar al Señor.

Congregación, hoy, ahora, el reino de los cielos está cerca, pero no será así por siempre. El tiempo está llegando cuando todos los hijos de Dios, quienes han sido dados al Señor Jesús, serán

reunidos, y la puerta será cerrada. Luego el tiempo de la gracia acabará. Y Jesús ya no predicará más. Sin embargo, mi amigo no salvo, lo verás y lo oirás una vez más cuando venga en las nubes del cielo, pero no como Salvador, sino como Juez. Te recordará este sermón, y serás condenado a la oscuridad eterna porque no lo quisiste como tu Rey. Cristo Mismo dijo: *“¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza.”* (Mateo 11:21).

Congregación, ¿será este tú futuro? ¿Será este la sentencia que se te dará? Oh, busca a Jehová mientras pueda ser hallado, llámale en tanto que está cercano (Is. 55:6). La puerta está todavía abierta. Este mensaje puede ser el último que oirás. Y, ¿cuántas veces ya lo has oído? Sabes, “¡a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! (Lucas 19:42).

Que el Señor bendiga este mensaje para la extensión de Su reino y la salvación de tu alma. Amén.